6642

ALEJANDRO P. MARISTANY

LOS MANIRROTOS

JUGUETE CÓMICO

en un acto y en prosa, original

Copyright, by Alejandro P. Maristany, 1913

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1913

Para mi querido amigo
Juan Martínez Román muy
afmo
A. P. Maristany

LOS MANIRROTOS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LOS MANIRROTOS

JUGUETE CÓMICO

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

ALEJANDRO P. MARISTANY

Estrenado en Barcelona la noche del 28 de Marzo de 1913

MADRID

S. VELASCO. IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA 11 DUP.°

Teléfono número 551

1913

A Pepe López Alonso

Para usted escribí la obrita y usted con su mucho talento y su gracia, que no es poca, avaloró mi trabajo contribuyendo en gran parte al éxito. Acepte, pues, la dedicatoria como una prueba más de nuestra antigua y buena amistad.

A. P. Maristany.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MERCEDES	Carmen Illescas.
DOÑA BALBINA	Elisa del Castillo.
LA BARONESA	Consuelo Soriano.
UNA DONCELLA	Amelia Mareca.
RICARDO	José López Alonso.
DON MELQUIADES	Ticiano F. Lombía.
DON RAMÓN MONCADA	Juan Román.

La acción en Madrid.—Epoca actual

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO UNICO

Salita reducida y bien amueblada. Un sofá, piano, butacas. mesa-velador, sillas, cuadros, etc.

—

(MERCEDES y RICARDO sentados en el sofá. El triste, muy triste, porque no tiene una peseta; ella cabizbaja por idéntico motivo. Hace un par de años que se han casado y se quieren si no como el primer día, casi tanto como á los quince. Sencillamente, un matrimonio que sería muy feliz si no fuera por el maldito dinero. Aficionados uno y otro á malgastar, se hallan en situación poco envidiable. Han pedido dinero á préstamo y pasan bastantes apuros para seguir viviendo con el tren de vida que llevaban.)

RIC. (Sacando cuentas.) Oye, hija mía, ¿cuánto dinero te queda?

MERC. ¡Vaya una preguntita, Ricardo!

RIC. ¡Qué remedio! Hay que averiguar cómo andamos de fondos.

MERC. Pues... me quedan veintiocho pesetas y media.

RIC. ¿Nada más?

MERC. Nada más. ¡Una fortunita!

RIC. Y otra fortunita que me queda á mí de veinticuatro pesetas y sesenta céntimos... Total: que nuestro activo asciende á la importante suma de cincuenta y tres pesetas con diez céntimos. ¡Menos mal que todavía no hemos llegado á la suspensión de pagos!

670261

MERC. ¿Que no? Eso es lo que tenemos, pero... ¿qué es lo que se debe? Lo que yo recuerdo asciende á...

RIC. No, no te preocupes por lo que se debe, que ya se pagará cuando se pueda. Lo que importa saber es lo que tenemos. La verdad es que echamos cuentas con una facilidad... ¡Oh, la práctica! ¡Y pensar que hay tío que se pasa ocho días haciendo balance! Vamos, esto es un gusto: mete uno mano al bolsillo...

MERC. Y saca veinticuatro pesetas.

RIC. Menos mal si saca eso.

MERC. Mira, Ricardo, tú lo tomas á broma y nuestra situación es muy triste.

RIC. No te preocupes, mujer, que hasta ahora hemos comido.

MERC. Es que no preocupándome no vamos á poder comer, ni pagar las cuentas que nos trajeron ayer y anteayer y hoy...

RIC. ¡Ah! ¿pero es que si te preocupas vas á encontrar dinero para pagarlas? Eso son pequeñeces, insignificancias de la vida. Ya se pagarán. Lo que realmente tiene importancia y me preocupa es lo de las cinco mil pesetas. Por ahora solo tengo cincuenta y pico.

MERC. Pues casi no nos falta nada. ¿Y dices que no hemos llegado á la suspensión de pagos? ¿Entonces qué entiendes tú por eso?

RIC. Generalmente estafar á los acreedores. Verás, al echar cuentas no contaba yo con esas cinco mil pesetas, porque como no las tengo...

MERC. Pero las debes.

RIC. Sí. Por ahora quisiera prorrogar el pagaré, porque ya pienso pagarlo. ¡Qué remedio!

MERC. Pues, hijo, que Dios te ayude.

RIC. Dios no se ocupa de eso, mujer.

MERC. Lo que no te perdonaré nunca es que nada me hubieras dicho hasta hace ocho días. Podías aguardar á que nos pusieran los muebles en mitad de la calle. ¿Cuánto hace que pediste ese dinero?

RIC. Unos dos años; al marchar á América mi tío Telesforo.

MERC. ¿Pero si te dejó un capitalito?

RIC Quince mil pesetas, con las que saldé algunos atrasos y pagué los gastos de la boda. El casarse cuesta muy poco, pero el pagar los gastos es cosa más difícil. Y con la renta que me dejó papá de sesenta duros mensuales... no hay para poner automóvil.

MERC. ¿Y de soltero no pudiste hacer economías?

RIC. La economía en un soltero es un mito. ¡Economías! Tiene uno muchos gastos. Además, la literatura no da una peseta y todo el mundo se mete á llenar cuartillas. Mi abuela me ayudaba al gasto, pero me cerró la caja con doble cerradura diciéndome que cuando se muera ya lo encontraré, sin contar que antes puedo morirme yo... de hambre. Eso de las herencias tiene ese pequeño inconveniente.

MERC. Pues yo no sé cómo vamos á salir de apuros. Con tu tía Virtudes no hay que contar.

RIC. Inútil. Es muy orgullosa. Ahora está rematada con lo del título. Le dió quince mil pesetas á un rey de armas y le llenó la casa de escudos que ni de adorno le sirven.

MERC. ¿No era íntimo de tu papá ese don Melquiades?

RIC. Eran muy amigos.

MERC. Pues si exige el dinero en seguida y no prorroga es que no tiene corazón.

RIC. Te diré. Cuando me prestó la cantidad sí que lo tenía y me pareció muy bueno y muy simpático y muy digno. Prometí devolvérselo á los seis meses.

MERC. Sin tener la seguridad de poder pagarlo.

RIC. Yo he tenido siempre mucha imaginación. Veo billetes de Banco en todas partes.

MERC. Pero nunca llegas á alcanzarlos.

RIC. ¡Un sarcasmo! ¡Ahí verás tú lo que son las cosas de la vida! Tan sencillo como es pillar una pulmonía ó un tifus y lo que cuesta coger el dinero. Dos días antes del vencimiento estuve en su casa para enterarle de que no podía pagar.

MEEC. Te recibiría muy mal.

RIC. No; ¿para qué? Sabía que de ese modo tampoco iba á cobrar. Le pedí otros tres meses

de plazo y me cargó dos mil pesetas de intereses.

MERC. Y tampoco pudiste...

RIC. Tampoco, no señor. Fuí obteniendo algunas pequeñas renovaciones y hemos llegado, por fin, á la espeluznante cifra de diez mil pesetas.

MERC. ¿Pero no me habías dicho que cinco mil?

RIC. Cinco mil y los intereses... ó lo que sea.

MERC. ¡Pues, hijo, no es poca la diferencia!

RIC. Sea lo que sea, el caso es que ahora no sé por dónde salir. El tal don Melquiades me resulta odioso, sencillamente odioso.

MERC. ¿Y á qué hora quedó en venir?

RIC. Dijo á las tres, pero son ya cerca de las cuatro y...

MERC. Entonces es que no viene. Lo habrá olvidado.

RIC. Antes se olvida del apellido.

MERC. Nos marchamos á la calle y...

RIC. Y vuelve mañana. Es hombre que no atiende á razones. Si lo toma por lo trágico hay embargo de muebles con todas sus consecuencias.

MERC. ¡Ay! calla, por Dios, Ricardo, que ya te veo en la cárcel.

RIC. No corras tanto, mujer. No tenemos más remedio que esperar.

MERC. Pues mientras aguardamos amenizaremos la fiesta con un poco de música. (Toca un vals de moda, procurando que no sea de los que tocan todos los organillos ó tararean las fregonas.)

IC. ¡Un tomo de poesías! (Cogiendo un libro.) ¡Menos mal que he sido siempre aficionado á los contrastes! En uno de los momentos más prosaicos de mi vida, mientras espero la visita de un inglés que se llama Melquiades Morral, viene á mis manos un tomito de poesías. Estos pequeños incidentes de la vida van siempre acompañados de la poesía. Me produce el efecto de un hombre que hace ocho días que no come y de pronto le entra por las narices el olorcillo de fonda.

ERC. (Dejando de tocar.) Me parece que ha parado un coche. (Va á la ventana.)

IC. ¿Crees tú que ese hombre va á venir en co-

che? ¿Un prestamista en coche? ¡Qué cosas tienes, mujer!

MERC. Es la del principal. ¡Esa sí que tiene suerte! ¡También iría yo en coche si pagara otro!

RIC. Te guardarías muy bien.

MERC. ¡Ay, Ricardo! ¿es ese que cruza la calle?

RIC. (Acercándose á la ventana ó balcón.) No se le parece ni á la legua. (Pausa breve.) Por cierto que he de inventar cualquier pretexto para cuando llegue.

MERC. ¿Cómo no te has valido de algún amigo?... Los amigos son para las ocasiones.

RIC. Sí, para la ocasión en que ellos no tienen dinero y se lanzan á pedírtelo, pero como seas tú el que lo necesita... Ahora tengo una colocación á la vista.

MERC. Hace días, pero no se acerca.

RIC. Además, tengo presentada en Lara una obra en dos actos, un dialoguito en Cervantes, un monólogo en el Coliseo y dos artículos de gran actualidad para ser publicados en cualquier periódico.

MERC. Y con todo eso, si no tienes otra cosa, dentro de tres días no comemos.

RIC. Además, aguardo la visita de doña Balbina, una prestamista que me recomendaron y que ofreció hallar dinero muy pronto.

(Entra la DONCELLA.)

DONC. ¡Señorita, señorita!

MERC. ¿Qué hay?

DONC. Al subir la escalera he visto á la señora Baronesa que venía detrás. Ya casi debe estar aquí.

MERC. ¿La Baronesa?

RIC. Pues quitate ese delantal tan puerco que llevas y vete á abrir. (Timbre. Vase la Doncella.) Quizá la Baronesa... Hace poco tiempo que no sabía donde colocar treinta mil duros que heredó... Es muy rica. Si aprovecháramos la ocasión...

(Entra por el foro la BARONESA. Es una mujer muy elegante y distinguida, de unos treinta y ocho años. Habla deprisa y más de lo necesario.)

RIC. ¿Cómo va, Baronesa?

BAR Amigo Fernández... ¿Qué tal, Mercedes?

DONC. ¡Cuánto tiempo sin vernos! Pero siéntese...

BAR (Sentándose.) He estado ocupadísima con la boda de mi sobrina que se casó hace cuatro días. Y no me agradezcan ustedes la visita, porque vengo escapada, casi ni me siento. Me he portado muy mal con ustedes, pero yo sé que son ustedes buenos amigos y... claro, tal como se vive hoy día no hay tiempo para nada. Entre modistas, Juntas de beneficencia... y á propósito, soy presidenta de un Asilo y tesorera de un Amparo y secretaria de un Hospital de niños y... vamos, que eso me tiene ocupadísima, y, sobre todo, las modistas, porque usted no sabe lo que es esa gente. Bueno, claro que usted lo sabe como yo. Yo me visto en casa de la Ramírez, porque á mí siempre me ha gustado vestir bien y confieso que soy bastante exigente. ¿Se viste usted en casa de la Ramírez?

MERC. No, tuve que dejarla.

BAR Por pesada, ¿verdad?

MERC. No, por cara. Es carísima.

BAR. Un vestido bien hecho, siempre es barato.

RIC. Si no tuviera que pagarse, sí.

MERC. Pues yo he encontrado una modista que lo hace muy bien y baratísimo.

BAR ¡Ah! ¿sí? Ya me dará usted la dirección, porque necesito una de menos categoría para los pobres.

RIC. ¿Cómo para los pobres?

BAR. Sí, para ir á visitar á los pobres, no puedo llevar vestidos de seda. ¿Qué dirían los pobrecitos? Necesito ropa mucho más sencilla. ¡Hay tanta miseria!

RIC. Mucha, mucha.

BAR. Hay en este Madrid gente que aparenta tener una fortuna y si fuéramos á averiguar lo que tienen, encontraríamos...

RIC. Cincuentra y tres pesetas.

BAR No exagere usted, amigo Fernández.

RIC. No es exageración, Baronesa, créalo usted. Me consta que los hay.

BAR Puede, puede que los haya. ¿Y qué tal, se divierten ustedes mucho este invierno? No se les ha visto á ustedes por el Real.

MERC. Hemos ido muy pocas veces...

RIC. Di que no hemos ido, mujer.

BAR Tampoco he ido yo mucho, si casi no me queda tiempo. Esta semana he asistido á dos bailes y un té dansant. Y á propósito. Me he encargado de una función benéfica. La Marquesa de la Cruz y yo somos las organizadoras. Les mandaré á ustedes un par de butacas.

RIC. Muchísimas gracias, baronesa.

BAR. ¿Y cuántos números quieren ustedes para la tómbola del Asilo?

MERC. Pues... ¿cuántos te parece, Ricardo?

RIC. Hija mía, los que tú quieras.

MERC. Bien, pues... dos, dos ó tres.

RIC. Tres.

BAR Cuantos más mejor. (Abre el saquito y saca los números.)

RIC. ¿Cuánto valen?

BAR. Diez pesetas cada número. (Estupefacción general.)

RIC. ¿Ha dicho usted... diez pesetas?

MERC. Cada número, ¿verdad?

BAR (Por Ricardo, que va á levantarse.) Pero no corre prisa, ya me lo mandarán.

RIC. Como usted quiera. ¿De modo que son treinta pesetas?

BAR Si toman tres números... ¿Por qué no se quedan ustedes con media docena?

RIC. Porque... como usted quiera.

MERC. (Aparte á Ricardo.) ¡Por Dios, hombre!

BAR. Aquí los tiene usted.

RIC ¡Ah! de modo que .. Pues muchas gracias y mañana le mandaré á usted el dinero, porque precisamente tengo que cambiar un billete de quinientas pesetas... (Devolviendo los billetes.) Se los mandaré recoger al propio tiempo.

BAR (Sin aceptarlos.) No, de ninguna manera. Tiene usted crédito. Y ahora les dejo. Todavía tengo que hacer un par de visitas. Figúrense ustedes que he de colocar cerca de doscientos números.

RIC. (Aparte.) Es desahogada esta señora.

MERC. Pues muchas gracias por la visita. Ya iré á verla cualquier día.

RIC. A los piés de usted, Baronesa.

BAR Amigo Fernández...

(La acompañan hasta la puerta del piso y vuelven á escena cabizbajos.)

RIC. ¡Bien, muy bien! El caso es que yo quería pedirle dinero y el resultado es que ella se lleva el nuestro. No podremos decir que hemos sido listos. (Timbre de la puerta.)

MERC. ¿Quién será?

RIC. El dinero que llega.

(Entra la DONCELLA.)

DONC. Señorita, la cuenta del gas.

RIC. No; es el dinero que se va.

MERC. (Después de examinar la cuenta.) Tienes que hacer el favor de decirle que vuelva.

RIC. Sí, sí, que vuelva á fin de mes.

(Vase la doncella y se oye en seguida una voz de hombre.)

RAM. (Fuera.) Conque están en casa, ¿eh? Perfectamente.

MERC. La voz de mi tío.

RIC. Sí, la voz de la Providencia. Ahora verás tú cómo me luzco.

(Entra DON RAMÓN, hombre de unos cincuenta años, grueso y feo. Tipo de comerciante rico, práctico y muy listo. Es de los que no se dejan engañar con facilidad.)

RAM. (Entrando.) ¿Dónde está esa gente?

RIC. ¡Hola, tío Ramón!

MERC. ¿Cómo va, tío Ramón? ¿Cuándo ha llegado usted?

RAM. Ayer.

RIC. ¡Cuánto tiempo sin vernos!

MERC. Casi dos meses. ¿Y qué tal por Segovia?

RAM. Perfectamente. A ti, sobrina, te veo muy bien. Algo más delgaducha. ¡Pero qué guapa estás!

MERC. Muchas gracias, tío. Es usted muy amable.

RIC. Bien, tío Ramón, siéntese usted.

RAM. Dispongo de poco tiempo, porque solo voy á estar dos ó tres días en Madrid.

RIC. ¡Cuánto me alegro de verle! ¿Y qué tal, qué tal por Segovia? ¿Cómo marcha ese negocio?

RAM. Admirablemente.

RIC. ¿De modo que se venden muchas conservas?

RAM. Muchas. Es un negocio brillante. No puedo quejarme de la suerte. ¿Y no sabes tú que me he quedado con otra fábrica?

RIC. ¿Sí? ¿De qué?

RAM. De jarabes. He querido proteger á un chico muy trabajador, hijo de un amigo mío.

RIC. ¿Y marcha también viento en popa?

RAM. ¡Ya lo creo! Yo solo he puesto el capital.

RIC. Y él hace las porquerías, ¿verdad? (Riendo.)

RAM. Hombre, algunas.

RIC. Pues tendrá usted una fortuna, porque usted no gasta.

RAM. ¿Que no gasto? ¿Quién te lo ha dicho? Gasto más de ochenta duros al mes.

RIC. Eso no es nada.

RAM. ¿Que no es nada para un hombre soltero?

MERC. No es mucho.

RIC. ¡Ya me conformaría yo con ese gasto!

RAM. Vosotros sois de otra raza. (A Ricardo.) Tu padre tuvo mucho dinero y el mío fué siempre pobre. Oye, ¿y tú qué haces ahora, en qué te ocupas?

MERC. Se ocupa de mí; ¿cree usted que es poco?

RAM. No da una peseta.

MERC. Pero da felicidad.

RAM. De eso no se vive.

RIC. No, pero engorda.

RAM. ¡Ya! Comprendido; vives de lo que te dejó tu padre y esperas paseando que se muera la abuela.

RIC. ¡Por Dios, qué cosas tiene usted!

RAM. Sé franco. Peor sería que lo pensaras y no lo dijeras.

RIC. Pues no señor: trabajo.

RAM. ¡Hola!

RIC. Me dedico á escribir.

RAM. A la familia me consta que no.

MERC. Escribe comedias.

RIC. Y artículos literarios.

RAM. Todo eso no da más que disgustos.

RIC. Y confío entrar de crítico en un periódico.

RAM. Entonces es que quieres dárselos á los demás. Créeme, sobrino, no seas tonto, trabaja, que en cuanto te acostumbres no sabrás abandonarlo. Ganarás mucho dinero...

MERC Crea usted que nos conviene.

RIC. Nos conviene muchísimo, porque precisamente ahora tenemos una mala temporada.

RAM. ¿Lo ves, hombre?

RIC. Estamos sin una peseta.

RAM. Pero ¿y la renta de tu padre?

RIC. No llega nunca á fin de mes. (Pausa.) Yo, tío... quisiera pedirle á usted un favor. (Aparte.) Decididamente, me lanzo.

RAM. Soy poco aficionado á hacer favores, pero... en fin, la familia es siempre la familia... ¿Cuánto necesitas? ¿Diez, veinte, treinta duros.

RIC. (Mirando á Mercedes.) No, señor, no; algo más.

RAM. ¿Cincuenta?

RIC. (Aparte.) ¡Valor! (Alto.) No, señor, no; diez mil pesetas.

RAM. (Riendo.) ¡Qué gracioso eres! (A Mercedes.) Veo que sigue tan bromista.

RIC. Pero si es en serio, tío.

RAM. (Mudando de expresión.) ¿Qué dices? ¡Tú estás loco!

RIC. No lo estoy, no. He de devolver esa cantidad y me precisan.

RAM. Pues hijo, lo siento mucho, pero ahora no dispongo de tanto dinero.

RIC. Se trata de un sencillo préstamo.

RAM. Sí, lo supongo; pero me es imposible. Tengo todo mi capital invertido en el negocio y... vamos, que no dispongo de tal cantidad. ¡Diez mil pesetas! Quizá en otra ocasión...

RIC. Me precisan muy pronto, mañana mismo á á ser posible.

RAM. Lo siento en el alma, si las tuviera disponibles... No dirás que no te hablo con franqueza. No te las presto, porque no puedo.

RIC. Lo comprendo.

MERC. Nos arreglaremos como podamos.

RAM. ¿Os hacéis cargo de mi situación? El dinero está hoy muy caro y nadie paga...

RIC. Y todo el mundo quiere cobrar, que es lo peor.

RAM. (Levantándose.) Como que ya he tenido el gusto de veros, me marcho. Espero que iréis á hacerme una visita antes de marcharme. Vivo en el Hotel Inglés. Adiós, Mercedes. Adiós, chico.

RIC. ¡Adiós, tío, adiós! (Le acompañan hasta la puerta y vuelven á escena.) ¿Has visto tú cosa igual? Un hombre que tiene tanto dinero!

MERC. ¡Y tan poco como le luce! ¡Qué lástima no tenerlo nosotros!

RIC. ¡Ay, si tuviera yo su fortuna!

MERC. El caso práctico es que no la tienes y que no te la presta.

RIC. Y que ese Morral vendrá á embargarnos un día de estos. Si llegara á conseguir el dinero, libre ya de ese hombre, cambiaría de vida, haríamos grandes economías, irías tú á la compra, porque no tendríamos más remedio que despedir á la criada, nos mudaríamos de piso y con nuestra renta y lo que ganaría yo, podríamos ir pagando poco á poco lo que debemos.

MERC. Muy lentamente, ¿eh? Pero me parece que ni tú ni yo hemos nacido para hacer economías.

RIC. De sabios es mudar de consejo. Las haremos. Todo quiere empezar. Yo creo que á los niños debería enseñárseles en lugar de latín, que no sirve para nada, un curso de economía doméstica.

MERC. Resumen de nuestra situación: que no tenemos dinero, que lo debemos y que los que podrían prestárnoslo no nos lo prestan y los que nos lo prestarían no lo tienen.

(Timbre dentro.)

RIC. A ver si por fin viene alguien á traer dinero.

(Entra la DONCELLA.)

DONC. ¡Señorito, señorito! Esta señora pregunta por usted. (Entrega una tarjeta.)

RIC. A ver, á ver... ¡La Providencia! ¡Ahora sí que ha llegado la Providencia!

DONC. ¿La mando pasar?

RIC. ¡Sí, hija, sí, ya lo creo!

(Vase.)

MERC. ¿Quién es?

RIC. Doña Balbina, la prestamista de quien te hablé antes.

(Entra DOÑA BALBINA, mujer de cincuenta á cincuenta y cinco años. Viste traje obscuro y pañuelo á la cabeza. No tiene aspecto miserable, pero sí de mujer económica.)

BALB. ¿Se puede pasar?

RIC. ¡Adelante, señora, adelante!

BALB. Buenas tardes, señorita. ¿Qué tal sigue usted, señorito? (Por Mercedes.) ¿Su señora, verdad?

MERC. Servidora. Siéntese usted.

RIC Siéntese usted. (Los dos acercan silla.)

BALB. (Sentándose.) Muchas gracias. (A Ricardo.) Le felicito por su buen gusto, señorito. Debe de ser un ángel.

RIC. Lo es, señora, y ya sabe usted que hay pocos en la tierra. Pero dejemos á los ángeles en el cielo y ocupémonos de lo nuestro. ¿Ha encontrado usted el dinero?

BALB. Lo tendrá usted.

RIC. ¡Ah! ¿sí? ¿Y cuándo, cuándo? porque la cosa urge.

BALB. Ahora mismo. Aquel señor de quien hablé á usted el otro día, no ha tenido inconveniente en efectuar el préstamo, pero es algo más caro de lo que yo me figuraba. De todos modos, si usted no quiere, no hay nada hecho.

RIC. Sí, sí, ya lo creo. ¿Qué interés?

BALB. Ninguno. Traigo una letra que me firmará usted por valor de doce mil quinientas pesetas.

MERC, Me parece muy caro.

BALB. Pues me ha costado encontrarlo. Exigía mucho más... Poca garantía y mucha prisa...

RIC. ¿Poca garantía una herencia segura procedente de una señora que tiene ochenta y pico?...

BALB. Por eso lo he hallado tan barato.

RIC. (Que ha hecho números.) Es caro.

BALB. Imposible hallarlo más barato. ¡Ay, señorito; usted no sabe cómo está este Madrid! ¡Hay tanta gente que necesita dinero! ¡Yo conozco muy bien á toda la sociedad y podría contarle cada cosa!... Si fuera á citarle nombres de jóvenes de casas muy nobles y muy ricas que tienen documentos firmados... No es caro, no; mire usted, un señorito hijo de un título que mete mucho ruido en política, de quien ha de heredar una cuantiosa fortuna, pues es hijo único, le procuré cien mil reales hace cuatro meses, y me consta que no le queda ninguno. Se

presta al cuatro y al cinco, y aun al seis mensual.

RIC. Bien; quedamos en que no puede ser más barato.

BALB. Imposible, señorito.

RIC. ¿Dónde está la letra?

BALB. (Sacándola del saquito.) Aquí la tiene usted. Puede usted firmar. (Le da la letra que él firma en la mesa escritorio, y le entrega ella después el dinero.)

RIC. Ya está firmada.

BALB. Aquí tiene usted las diez mil, cuéntelas usted.

RIC. (Después de contar.) Pues muchas gracias y hasta otra.

BALB. Adiós, señorita. Señorito... (Vase. Ellos la acompañan.) ¡Ya tenemos las diez mil!... ¡Ya vuelvo á ser feliz! Ya tengo ganas de saltar y de reir, y hasta de bailar. ¡Qué lástima que todo este dinero tenga que ir á manos de ese antipático Morral! ¡Un morral, digo, un hombre que tiene tanto dinero y que no le sirve para nada. Merecería que le dieran garrote vil.

MERC. Considera que te hizo un favor.

RIC. No lo dudo, ya lo creo que me lo hizo, pero con estas diez mil pesetas yo sería un hombre feliz, y si se las doy...

MERC. Es una deuda.

(Entra por el foro la DONCELLA.)

RIC. ¿Otra vez? Pero mujer, ¿qué quieres?

DONC. Un señor pregunta por el señorito.

RIC. ¡El inglés!

DONC. Pues habla muy bien el castellano.

MERC. Mándale pasar. (Vase la Doncella.) Te dejo solo con él. A ver cómo te luces. (Vase por la izquierda.)

RIC. Ya tenemos aquí el toro. Le preparo con banderillas y le mato... de un sablazo. (Entra DON MELQUIADES. Es hombre de mediana edad, bueno para unos y malo para otros. Es grueso, feo y sucio. Prestamista de ocasión, con todos los defectos de los de oficio.) ¿Cómo va, querido don Melquiades?

MEL. Me he retrasado algo... Le dije á usted que á las tres.

RIC. Eso qué importa. Ya ve usted que le aguardaba. Tengo el dinero.

MEL. ¡Ah, sí! Vaya, me alegro, me alegro por usted.

RIC. Lo tengo, pero es el caso que me convendría que dejara usted pasar algunos días más, cuatro ó cinco...

MEL. (Serio.) ¡Basta, basta! He aguardado demasiado. Eso es un verdadero abuso.

RIC. ¿Pero no le he dicho á usted que tengo el dinero?

MEL. Pues venga ese dinero, que traigo aquí el pagaré.

RIC. Me ha sucedido una cosa... un caso verdaderamente especial. No hace veinticuatro horas que tenía el dinero sobre esta mesa, dispuesto á entregárselo á usted. Llega un amigo inesperadamente, un amigo del alma, un compañero de toda mi vida, y me pide doce mil pesetas: no las tenía. Ese capital era su salvación: le he prestado cuanto he podido. ¡Era un compromiso de honor, le iba en ella quizá la vida! ¡Me ha dado lástima! Usted, usted en mi caso hubiera hecho lo mismo.

MEL. Puede que lo hubiera hecho, pero con mi dinero. ¿Dónde ha visto usted hacer favores con el dinero ajeno? Yo no conozco á ese señor.

RIC. (Aparte.) ¡Ya lo creo que no le conoces! (Alto.) Es un perfecto caballero.

MEL. ¿A mí qué me importa?

RIC. Con franqueza: ¿qué más le da á usted, puesto que tanto ha esperado, aguardar unos días más? Cobrará usted dentro de quince días.

MEL. Es que no son quince días; son dos años.

RIC. ¡Hágalo usted!

MEL. (Serio.) Todo esto no es más que farsa, ¿oye usted?, pura farsa. Ni usted tiene el dinero, ni lo tendrá usted dentro de quince días, ni lo tendrá usted nunca. Vaya, esto se acabó. Necesito el dinero hoy mismo, ó de lo contrario va usted á pasarlo muy mal, pero muy mal.

RIC. ¡Cómo ha olvidado usted la buena amistad que le unió á mi padre!

MEL. ¡Ay, si pudiera él volver del otro mundo y le viera á usted!

RIC. No se preocupe usted, que eso no es posible. En el otro mundo, la gente debe hallarse perfectamente, porque ninguno de los que van vuelve.

MEL. Bueno, bien, eso no viene ahora al caso. ¿Pagará usted ó no?

RIC. Pero si ya le dicho á usted que no puedo. ¿Quiere usted cobrar la mitad y prorrogar el resto?

MEL. ¿No hemos quedado en que no tenía usted dinero?

RIC. Para pagar la mitad sí que lo tengo.

MEL. ¿Y pagará usted ahora mismo?

RIC. Ahora mismo.

MEL. (Aparte.) Aprovecharé lo que pueda. (Alto.) Conforme si me paga usted cinco mil y firma una letra de siete mil.

RIC. Es un exceso...

MEL. Ultima palabra. Seis mil quinientas por tres meses.

RIC. Convenido. Aquí tiene usted el dinero.

MEL. Le firmaré á usted un recibo provisional. (Ricardo le indica la mesa y don Melquiades firma el recibo. Ricardo le entrega las cinco mil.) Mañana vaya usted por mi casa á las tres y canjearemos el pagaré.

RIC. Aquí tiene usted el dinero.

MEL. (Aparte.) Menos mal: esto ya es mío. (Alto.) y ahora no olvide usted el nuevo vencimiento.

RIC. No tema usted, que no lo olvidaré.

MEL. Entonces... hasta mañana.

RIC. Hasta mañana y muchas gracias. (Le acompaña. Al volver entra MERCEDES. Muy alegre.) ¿Lo ves, mujer? Ya estamos arreglados por ahora. ¿Lo has oído?

MERC. Todo. Pero ¿y cómo vas á pagar el resto?

RIC. Ah, ¿pero crees tú que lo sé ahora? Hija, tengo tres meses de tiempo para irlo pensando. Me dolía el alma que se lo llevara todo, y... además, ¿de qué hubiéramos comido este mes, que no se acaba nunca?

MERC. ¿Y si luego no puedes pagarlo?

RIC ¿Te has olvidado ya de la abuela? Llama á la chica.

MERC. (Yendo al foro.) ¡Ramona! ¿Qué nueva idea se te ha ocurrido?

RIC. Tú verás.

(Entra la DONCELLA.)

DONC. ¡Señorita!

RIC. Oye, Ramona, ¿qué tenemos esta noche para comer?

DONC. Lo que ha quedado del mediodía, además... sopa de pan .. carne asada...

RIC. ¿Otra vez? ¿Pero, hija, vas á darnos todos todos los días sopa de pan y carne asada?

DONC. Señorito, con cinco pesetas que me da la señorita para la compra quiere usted que haga *bullabese* y pollo?

MERC. Claro que no.

RIC. Calla, que me ha convencido, mujer. Pues lo que haya te lo comes tú. Hoy no comemos en casa. Puedes retirarte.

DONC. Está bien, señorito. (Vase la Doncella.)

MERC. ¿A dónde quieres ir á comer?

RIC. Al restaurant. ¿Crees tú que después de tanta emoción voy á contentarme con el menú casero? ¡Quita, mujer! ¡Hay que celebrarlo! Estamos libres de don Melquiades.

MERC. Por ahora.

RIC. Por ahora; del porvenir no te preocupes.

MERC. ¿Pero y doña Balbina?

RIC. Ya nos arreglaremos con ella. Por de pronto vamos á echar hoy una cana al aire. Comeremos en el Ritz. ¿Dónde está el diario de hoy?

MERC. Anda por ahí. ¿Para qué lo quieres?

RIC. Para ver lo que dan en Lara.

MERC. (Dándole el periódico.) Toma.

RIC. ¡Calla, un estreno! *Los Manirrotos.*

MERC. ¿Los manirrotos? ¿Y eso qué quiere decir?

RIC. Pues, nada, gente que el dinero se les escapa de las manos sin saber cómo.

MERC. Debe ser entretenido. Me gustaría verlo.

RIC. A mí también. Tomaremos un palco.

MERC. ¡Ricardo, por Dios! ¿Un palco para nosotros solos? Con dos butacas nos ahorramos...

RIC. ¡Quita, mujer, no seas tonta! ¡Nos quedan cinco mil pesetas! ¡A divertirse! ¡A divertirse! ¡Vivan las cinco mil!

TELON

Obras de Alejandro P. Maristany

El Príncipe Sergio, drama en cinco actos, traducido del francés.

La confusión, comedia en cuatro actos, traducida del alemán.

Romper el hielo, comedia en un acto y en prosa, original.

Barrer para adentro, comedia en un acto y en prosa, original. (Segunda edición.)

La juventud, comedia en tres actos, traducida del francés.

La muñeca eléctrica, juguete cómico en tres actos y en prosa, original.

Los de Belmonte, alta comedia en cuatro actos, en prosa, original.

Tratado de paz, boceto de comedia en un acto y en prosa, original.

Sólo para hombres, monólogo en prosa y verso, original.

Los hipócritas, comedia dramática en cuatro actos, traducida del inglés. (1)

Las máscaras, comedia dramática en cuatro actos, traducida del inglés. (2)

Las murallas de Jericó, alta comedia en cuatro actos, traducida del inglés.

La muñeca eléctrica, juguete cómico en dos actos (refundido).

Los manirrotos, juguete en un acto y en prosa, original.

Teatro catalán:

La victoria dels filisteus, comedia satírica en tres actos, traducida del inglés. (Segunda edición.) (1)

Mirar per casa, comedia en un acto y en prosa, original. (Tercera edición.) (1)

Tot bon caballer... juguete cómico en un acto y en prosa, original.

Els hipócritas, comedia dramática en cuatro actos, traducida del inglés. (Segunda edición.) (1)

Els mentiders, comedia en cuatro actos, traducida del inglés. (1)

Flor de sacrifici, estudio psicológico en un acto y en prosa, original.

El magistrat, farsa cómica en tres actos y cuatro cuadros, traducida del inglés.

Amich de confiansa, diálogo en prosa, original.

---

(1) En colaboración con D. Salvador Vilaregut.

(2) Idem con D. J. Fabré y Oliver.

Precio: UNA peseta